



DUELO DE ALFAJEMES

Enamilo, era el séptimo descendiente de una saga familiar de reconocido prestigio en el oficio de barbero y sacamuelas.

No existía criatura en la extensa comarca, que no hubiera oído alguna vez hablar de los Alfajeme.

Su fama, bien ganada a lo largo de décadas de excelente trabajo, siempre les precedía, viajando más rauda que ese viento que corría por aquellas áridas llanuras, interrumpidas de vez en cuando por colinas bajas y ocasionalmente por algún que otro montecillo tapizado de pinares centenarios.

Se trasladaba de pueblo en pueblo por caminos de tierra flanqueados por alfombras tejidas con aliagas de flores amarillas. Distraía sus viajes reconociendo variedades de matorrales pinchudos, dispersas manchas de plantas aromáticas y de algunas rastreras, muchas ya huérfanas de olor a consecuencia del climaterio sobrevenido por su longeva existencia.

Los halcones y otras rapaces, con sus vuelos en picado tras las presas, las piruetas acrobáticas aéreas y los elegantes y hieráticos posados sobre la rama seca de alguna encina, ayudaban a hacer más corto y llevadero el largo viaje. Y en los momentos de monótono aburrimiento, cerraba los ojos y confiando en la buena orientación de su pollino, echaba una cabezada y se dejaba conducir por él.

El polvo, rey reinante absoluto en las planicies alcarreñas, era compañero inseparable del barbero ambulante y de "Petra", su fiel y añeja burra.

Una vieja bacía de blanca porcelana de Manises, su colección de navajas de afeitar bien afiladas, envueltas con esmero en un paño de fieltro rojo y unos pocos, pero variados, fórceps patinados por el uso, eran el único ajuar que portaban las alforjas de Petra. Una bota de vino y un morral lleno de pan, queso y somarro de oveja, completaban su equipaje. ¡Ah!, y atada con fuerza a la cintura, para evitar ser acariciada por dedos ajenos, la bolsa de cuero recio repleta de duros de plata.

La bacía, con su escotadura perfectamente recortada, poseía un carácter multiusos.

Los días soleados, oficiaba de yelmo, protegiéndole de las radiantes flechas solares

que, al mediodía de estío, se afanaban en tachonar con puntera certeza su calvo cráneo. El intencionado encasquetado de tal chichonera, le otorgaba una imagen de caballero cervantino, cuya desparramada sombra yacente sobre el yermo terreno, era fácilmente reconocible desde largas distancias: ¡ahí va el Alfajeme quijotesco!, rezaban los lugareños al verlo pasar. También le servía de pequeño cenote, contenedor de agua más o menos transparente, donde batía el jabón con la brocha de cerdas de castor, dando vida a la espuma que ablandaría el vello facial del cliente y facilitaría el suave deslizar de la navaja afilada.

Muchas veces, y con una función más sanitaria, ayudaba al alfajeme a recoger la roja lava que imparable manaba por la boca del incauto tras la extracción de algún marfil mandibular, unas veces cariado y otras sano, no olvidemos las extravagantes modas reinantes en algunos períodos históricos.

Contemporáneos con los Alfajemes, en la región oeste de la comarca, vivían los Fígaros, saga también extensa en miembros, cuyos orígenes generacionales se remontaban decenas de años atrás. Podemos decir que no eran menos famosos y se dedicaban también a ejercer el mismo oficio que aquellos.

La figura en activo más destacada de este clan era Odonis Fígaro. Apuesto joven de elegancia afrancesada que siempre vestía corbata como complemento distintivo de su uniforme de trabajo, a la par que lienzo utilitario. No solo le servía como tarjeta de presentación ante los posibles clientes, también de paño quirúrgico para secar el sudor de su frente y manos, así como las salpicaduras de sangre que, cual pecas rojas, solían tatuarle el rostro en centrífuga perdigonada, durante la práctica de algunas extracciones.

Tiempo atrás, unos soldados procedentes de la Gascuña francesa, después de guerrear en la península ibérica como mercenarios en el bando de "Pepe Botella", depusieron las armas y se establecieron en la zona, mezclando sus genes de ojos azules y de cabellos rubios, con los de los lugareños, más amarronados y zainos. Sus descendientes no solo mostraban unos estampados iris de color cian en el centro de

las blancas córneas, también los tejados de sus cráneos brillaban como áureas mieses bajo el sol del verano.

Odonis cuarto, poseía belleza querúbrica, exquisita elegancia gascona, gran habilidad manual y una fineza de oficio sin par, aprendida del primer Fígaro, don François, el bisabuelo que ostentó el cargo de barbero personal de José Bonaparte.

Entre sus cometidos, además de rasurarle la barba todas las mañanas, le asistía como sacamuelas y sangrador oficial, acostumbrando a colocarle, de manera periódica, las sanguijuelas necesarias para drenar los malos humores que le envenenaban la sangre.

Con esa escuela recibida de sus antecesores, para el cuarto Fígaro no existía barba recia ni indómita pelusilla, que esquivase su bien afilada navaja. Tampoco hubo muela que se negara a ser arrancada de su alveolo mediante el uso de la “llave dental”, fórceps de acero templado en cuyo puño de blanco nácar llevaba grabadas las iniciales, O.F.

Cada día de mercado, en cualquier poblado de la comarca donde se celebrase, ambos sacamuelas se personaban, bien al alba, para montar sus tenderetes en el recinto dispuesto para tal fin. Allí, entre vendedores de ganado de todo tipo; marchantes de telas nacionales de lino, de algodón y de exóticas sedas procedentes de lejanos lugares del oriente, llegadas a través de dicha ruta; hortelanos de la región con sus verduras de temporada; hojalateros de oficio, reparadores de ollas, sartenes y vasijas metálicas; esquiladores venidos desde tierras andaluzas, que en pocos minutos despojaban de sus abrigo invernales a las engalanadas ovejas alcarreñas; tratantes de mulas, caballos y potros sin domar; carreteros dispuestos a ofrecer sus servicios para reparar cualquier rueda o cabalgadura destartada; aguadores que, vestidos con llamativas túnicas y turbantes multicolores, cantaban la frescura de su incoloro líquido a los siete vientos; santurrones recitadores de plegarias atemorizantes sobre la próxima llegada del fin de los tiempos; ufanos suboficiales chusqueros engalanados cual día de fiesta, paseando altivos sus condecoraciones prendidas en la pechera;

mendigos haraposos con platillos vacíos de limosnas pero llenos de mugre, a la espera de verlos colmados de monedas; monjes ofreciendo indulgencias, no plenarias, a cambio de migajas de pan o de cuartillos de vino; herreros martilleando incansables el yunque mientras daban forma a la herradura incandescente, y allí, entre todos estos tenderetes y muchos más, que no voy a relatar para no cansar al lector, los dos barberos de renombre disponían los sillones bajo alejadas higueras y vociferaban con musicalidad sus habilidades y hazañas, mientras ofrecían rebajas en sus honorarios.

- ¡Se rapan las barbas y se extraen dos muelas por cinco reales! salmodiaba el uno.

- ¡Aquí por cuatro reales y medio y sin dolor! cantaba el otro desde la otra punta de la feria.

- ¡Este año de brevas e higos, bienvenidos sean también los mendigos! recitaba el Alfajeme.

- ¡Para la época del membrillo, dos doblones y un durillo! replicaba el Fígaro.

Comenzaba la habitual y esperada "batalla floral" entre los dos espadas, que atrapaba la atención de los compradores y posibles clientes venidos desde todos los rincones de la comarca, dejando a los feriantes momentáneamente a dos velas, mientras el coro de cabezas giraba al unísono de este a oeste, sintonizando sus parabólicos pabellones auriculares para no perder ripio en la justa.

Al cabo de una hora de réplicas y contrarréplicas, y decantadas ya las preferencias por uno u otro gurú, se formaban sendas colas de clientes bajo cada higuera.

A partir de aquel momento en que el pastel estaba repartido, sonaba la fanfarria contratada a medias por ambos matarifes extractores de marfiles ajenos, para encubrir los aullidos de dolor de los pacientes, ahogándolos en el estruendo de bombos y platillos.

¡Extracciones al instante y sin dolor! -vociferaban ambos barberos sacamuelas desde los rincones opuestos del ring, elevando sus voces al cielo para intentar seguir arañando clientes, al contrario.

En aquellos tiempos, sin la existencia de anestésicos, y estando mal visto el uso del “mazazo” en la cabeza, se pretendía engañar el dolor del paciente camuflándolo con buches de aguardiente del Campichuelo, bocanadas de humo de picadura de tabaco de liar mantenidas sobre la muela dolorosa e incluso, con amalgamas de ajo, perejil y clavo de olor, macerados en licor e incrustada en el interior de la caries dental unos minutos antes del fatal tirón.

Ambas iglesias tenían su leal congregación de fieles acólitos que raramente cambiaba de bando. Los dos practicantes, el quijote y el gascón, gozaban de magnífica reputación en su oficio, que nunca mejor dicho, ganada a pulso.

Al caer el sol, los rivales se reunían en la cantina del pueblo para despedir a la fanfarria contratada. Ahora ya terminado el agotador día de trabajo, compartían mesa y mantel con unas ricas viandas ante una buena jarra de vino, e incluso sus experiencias laborales, porque, ante todo, Enamilo y Odonis eran colegas y buenos amigos.

Ya se sabe que del roce nace el cariño, y como bien recuerda el refrán:” de aquellos polvos estos lodos”, hoy vengo a relatarles esta breve historia de las andanzas de mis antepasados, que escuché contar cientos de veces a mis padres, los cuales las recibieron por transmisión oral de generación en generación.

Escrito en Madrid a 9 de febrero del año de nuestro señor de dos mil y veinticinco.

APOLONIO FÍGARO ALFAJEME

médico y estomatólogo

colegiado número 9022025